

J. R. GUTIERREZ
Sección... Bolivia
Número... 1082

FB
378
B689n

NECESIDAD

DE

UN COLEJIO NORMAL

EN BOLIVIA.



Paz de Ayacucho

IMPRESA PACEÑA.

1848.

REPUBLICA BOLIVIANA

A S. G. el Ministro de Estado de Instrucción pública.

Excmo. Señor.

Tengo el honor de someter á la consideracion de V. G. el adjunto escrito en que he procurado delinear un nuevo sistema de educacion pública.

En él, he combatido decididamente el rumbo que se ha dado hasta aqui á la enseñanza popular, no solo en Bolivia, sino en los demas Estados Hispano-americanos---rumbo, bien opuesto por cierto á las exigencias que nacieron con la revolucion.

Me he detenido muy especialmente delante de nuestro pais: 1.º por que escribo para él: 2.º por que creo que en ninguna parte como en Bolivia, la educacion pública necesita ser mas vigorosa y bien calculada. Su situacion central, alejándola de las influencias civilizadoras del comercio, reclama imperiosamente un esfuerzo, tal vez innecesario, alli donde la concurrencia de extranjeros mas activa y numerosa trae unprogreso lento pero continuo.

La premura del tiempo no me ha permitido dar á mi pensamiento toda la estension y claridad que yo hubiera deseado; pero creo haber dicho lo bastante para hacer sentir la necesidad de sustituir á los sistemas de educacion ensayados hasta aqui, el nuevo plan que contiene el escrito mencionado.

Pudiera suceder que se echase de menos algunos detalles, algunas esplicaciones sobre su ejecucion, en cuyo caso estoy pronto á dar las que se me pidan.

Si pues V. G. halla razonables las ideas que someto á su consideracion, le ruego las eleve al conocimiento de S. E. el Presidente de la República, para que se decrete lo que se tuviere á bien.

Soy de V. G. con un profundo respeto muy humilde servidor

Benjamin Villafañe.

Ministerio del Culto é Instrucción pública en la Paz á 22 de Abril de 1848.

Publiquise por la prensa, sin perjuicio de informar S. S. I. el Cancelario de esta Universidad oyendo al Consejo---
D. O. D. S. E.--Asin.

(2)

NECESIDAD DE UN COLEJIO NORMAL.

Entre los contrastes monstruosos que ofrecen los pueblos americanos, cuando se compara su índole plebeya con sus pretensiones republicanas, hay uno sobre todo que hierre fuertemente la atención del observador: tal es el rumbo que lleva la educación pública, esa educación en cierto modo oficial, pues que emana de sus gobiernos y es más ó menos protegida por ellos.

Terminada la guerra de nuestra independencia, un secreto instinto nos advirtió que la revolución comenzada estaba muy lejos de haber llenado su objeto, con solo la derrota del poder español, y que una vez abandonados á nuestras propias fuerzas nos quedaba todavía una doble misión por cumplir--la de echar por tierra la civilización decrepita de nuestros padres, y la de levantar sobre sus escombros nuevas creencias, nuevas costumbres, un espíritu en fin, digno del principio de fraternidad y de libertad consignado en el programa de nuestra emancipación.

Gritóse entonces: abajo la ignorancia! abajo el error! Y vimos surgir inmediatamente escuelas, colejos, universidades y talleres de civilización en todo jénero....

Desde ese día hasta la fecha han trascurrido veintidos años, y hoy como entonces nos hallamos casi sobre el mismo punto de partida. La ignorancia y el error dominan; el espíritu nuevo no asoma, ni las costumbres públicas se levantan.

¿Como explicar este fenómeno?

¿Acaso esos colejos, esas universidades, esos talleres de civilización han sido mal atendidos? Pero los gobiernos han invertido sin interrupción sumas inmensas en este objeto; pero la educación pública ha sido constantemente el blanco de una solicitud especial para todos ellos. ¿Por qué, pues, esta parálisis, esta ausencia de resultados para la patria, para la civilización?

Nada más fácil de explicar á mi juicio.

El esfuerzo ha sido poderoso, pero mal dirigido: el objeto ha sido grande, pero los medios mal calculados.

Por una vanidad pueril quizá, solo hemos pensado en hacer abogados, sacerdotes ó doctores, al paso que hemos descuidado enteramente la cultura de la clase más nume-

rosa y pobre, de aquella clase que tiene hoy en sus manos el destino de las naciones. De suerte que, sin saberlo nosotros mismos, hemos inoculado en el seno de una sociedad republicana, un principio aristocrático, y hemos levantado un cuerpo privilegiado de individuos, que si bien pueden ser útiles á sí mismos, son de todo punto inútiles y aun gravosos al Estado.

Por que, si á lo menos, la educacion que ellos reciben fuera completa. Nada de eso. En esos grandes establecimientos, sin cultivar bien la intelijencia del jóven, desdenamos su corazón; solo pensamos en el individuo, no en la sociedad: y en medio de tantas palabras y de tanta algazara, ninguna voz en favor de la Revolucion y de sus principios, nada que apasione el alma por lo bello, por lo justo y lo verdadero. Todavía resuenan victoriosas sobre la càtedra, las creencias y tradiciones del antiguo réjimen.

De aqui esa juventud numerosa llena de ciencia, si se quiere, pero raquíca y sin nobleza, que despues de haber sido preparada para los empleos puramente, viene á turbar con sus pretensiones egoistas el movimiento tranquilo de los pueblos: de aqui la empleomania y esa nube de pretendientes que empieza á comprometer seriamente los intereses vitales de estos paises.

Sin duda que la educacion es el resorte mas poderoso que puede tocar un pueblo, cuando se trata de civilizacion y de progreso; pero no debe olvidarse jamas que ella no puede ser caprichosa ni arbitraria, y que, cuando no responde á las exigencias nacionales, si no es estéril, es perjudicial.

Nosotros queremos ser libres, levantemos pues nuestro espíritu á la altura de Libertad; queremos ser republicanos, trabajemos pues para que nuestras costumbres suban al nivel de la República.

«En un pueblo que ha salido de la esclavitud y la mollicie, dice M.^r Constant, no puede consolidarse la libertad, sino cuando una jeneracion ha sido educada por medio de una enseñanza adecuada á sus nuevas necesidades, que corrija los hábitos y destruya las opiniones del despotismo, y consagre las costumbres y creencias liberates.

Sin que haya upida en la instruccion, no puede exis-

tir unanimidad en la opinion pública, y el Estado se divide en facciones...

Ahora bien. Hemos hecho algo nosotros en materia de educacion que responda al pensamiento profundamente filosófico del escritor que acabamos de citar? Hemos pensado alguna vez en uniformar mas ó menos la enseñanza popular? Y despues, ¿qué han hecho hasta aqui nuestros colejos y universidades en favor de la revolucion y de la democracia? Descuidando el lado moral del individuo, han condenado á un sueño eterno las facultades del alma, y han hecho imposible toda virtud social, todo sentimiento generoso, toda pretension republicana.

Para convencerse de esta verdad, basta sorprender á uno de nuestros hombres y estudiarlo, en ese momento en que, emancipado del colejo y del hogar doméstico, empieza para él una existencia independiente.

Entonces, la palabra trabajo, si no es el de un empleo, ó el de cualquiera otra cosa parecida, solo envuelve humillacion y menosprecio.

Entonces, la palabra religion, si no oculta desprecio ó indiferencia, su sentido se reduce simplemente á ciertas prácticas pueriles, estrañas de todo punto á los intereses sociales y políticos de la nacion; porque, preciso es notarlo, la educacion religiosa que recibimos, nada tiene de comun con las nuevas instituciones, con el espíritu del siglo, ni con el modo de ser democrático, á que tan decididamente aspiramos. En esta meteria como en las otras, solo se piensa en el de voto; no en el ciudadano, no el sacerdote.

Entonces la palabra patria carece de sentido, ninguna idea de sus exigencias, ningun esfuerzo en su favor, solo hay una cobarde apatia. O si alguna vez nos detenemos delante de su imagen, no es mas que para tantear su lado explotable.

Finalmente, seamos francos y digámoslo todo de una vez: para nosotros entonces, todo gobierno es malo si no nos da la mano para subir á un puesto mas ó menos distinguido en la jerarquia social; ó bien todo gobierno es bueno con tal que no nos haya frehusado su influencia protectora.

Diriase que el derecho y la libertad no existen sino en el poder y la fuerza.

Y si esto es cierto respecto de los que hemos tenido la

fortuna de participar de una educación esmerada, ¿qué podría decirse de esa inmensa mayoría abandonada á sí misma bajo de tantas influencias corruptoras? Y sin embargo, del seno de esa mayoría salen diariamente el militar, el comerciante, el labrador, destinados todos ellos por la forma de nuestros gobiernos á influir decisivamente en la suerte del Estado.....

De aquí el egoismo, la impiedad, la muerte del individuo y de la asociación: de aquí esa fisonomía monstruosa que hacia decir no ha mucho á un europeo distinguido: «En América solo los nombres son civilizados; los hombres y las cosas son salvajes.»

Estoy muy lejos de juzgar á todos nuestros hombres bajo ese punto de vista tan desfavorable; pero, ¿cual de entre nosotros no ha tenido que reformar mas ó menos la educación preparatoria que ha recibido? Y cual de entre nosotros podría jactarse de haber triunfado definitivamente de sí mismo, de esa segunda naturaleza que se forma con las primeras impresiones?

El mal es pues grave, gravísimo, y el peligro mucho mas inminente de lo que parece á primera vista, sobre todo en Bolivia: 1.º porque los empleos están ya apurados, y porque el número de pretendientes crece con un movimiento acelerado; y 2.º porque la posición central de este país alejándolo de las influencias civilizadoras del comercio, exige de la educación pública un esfuerzo mas poderoso y bien calculado.

Chile, Venezuela, Nueva Granada y el Uruguay mismo, á pesar de su existencia tempestuosa, han abierto los ojos sobre este vicio hábito serio, que una educación mal dirigida empezaba á desarrollar en su seno, y se apresuran hoy á imprimir otro rumbo á la enseñanza popular.

¿Por qué no haríamos nosotros otro tanto? ¿Por qué no fundáramos como ellos un Colejio normal destinado no á formar doctores, sino ciudadanos inteligentes y activos en una democracia?

¿Careceremos acaso de los recursos pecuniarios que este pensamiento supone? Pero, ¿no invertimos anualmente mas de ciento cincuenta mil pesos en preparar cuervos que muy luego vendrán á disputarse los andrajos de la Patria?

Bajo la impresión de estas observaciones he creído que

podría ser conveniente para el país un nuevo sistema de enseñanza, donde á mas de la educacion moral de que hablaré luego, reciba la juventud los principios elementales comprendidos en las clases siguientes:

- C L A S E S.
- 1.^a Lectura.
Escritura.
Aritmética elemental.
(Y nociones jrales. sobre relijion.
 - 2.^a Idioma Frances.
Jeografía.
Gramática castellana.
 - 3.^a Lógica, Filosofía moral.
Elemt.^a de Dro. natural y púb.^{ca}
Historia antigua y moderna.

Esta enseñanza irá asociada á lecturas escojidas, y mas ó menos importantes, segun el progreso gradual que haga la intelijencia del educando.

Pienso que si las materias indicadas se trasmiten en una intimidad profunda con el espíritu de nuestra época y de nuestras instituciones, bastarian por sí solas á consumir en pocos años una revolucion moral.

Digo en una intimidad profunda con el espíritu del siglo y de nuestras instituciones; pero estas palabras son harto vagas, y necesito fijar su sentido. Por esa intimidad entiendo el trabajo continuo del director, y su esmero en fecundar el corazon del educando; trabajo y esmero que no deberán perderse de vista, desde que el niño entre en el establecimiento, hasta que lo abandone para entrar en el mundo.

Nada mas fácil que inspirar pasion al hombre por la justicia, por la verdad, por todas las virtudes sociales que hacea el cimiento de los gobiernos republicanos: suponiendo por decontado un corazon casi virjen en el educando y una pasion decidida por lo bello, convicciones y fé profunda en el director.

Esta enseñanza tendria por base el sentimiento relijioso y el cristianismo católico, que es su expresion mas pura y elevada: tendria por base esas facultades del alma que miran incesantemente hácia Dios, y cuyo carácter inmortal

es el alma de toda filosofía legítima en los tiempos modernos: ella combatiría decididamente ese divorcio impio que la ignorancia y el error han levantado entre la religión y la filosofía, y que aun vive y reobra poderosamente en el seno de nuestra sociedad actual: esta enseñanza en fin, no habría llenado su misión, si no hubiese logrado inocular en el corazón de la juventud la religión del honor y del deber, esa religión que consagra los principios de igualdad y de libertad entre los hombres, y que semejante á su divino, autor quiere hacer del linaje humano una sola familia, cuyo padre comun es Dios.

Todavía mas: este trabajo seria insuficiente, si no declarase un odio implacable, una guerra de exterminio á todas las preocupaciones y vicios que retardan el movimiento de nuestra emancipación moral y ensangrientan nuestro suelo con sus resistencias estúpidas y sacrilegas.

En cuanto á la forma positiva de esta enseñanza pienso que seria mucho mas eficaz, si se ejecutase por medio de lecciones orales, que por medio de lecciones escritas. El gesto, el tono, la inflexión de la voz, mas ó menos apasionada del profesor, ejercen una influencia poderosa en las impresiones que se quieren transmitir. De este modo he notado que se puede picar mas la curiosidad del niño y acostumbrarlo á interrogarse y darse cuenta de todo lo que ve, oye y aprende. Y para que este resultado fuese mas completo, podria tocarse otro resorte de la mayor importancia--tal es el de imponer al alumno la obligación de redactar los pensamientos y afectos que reciba sucesivamente. Por lo demas, se ve bien que al hablar de este género de lecciones, solo me fijo en esos principios generales del deber, que una vez arraigados en el corazón del hombre, no pueden abdicarse jamas.

Uno de los objetos que no deberian olvidarse por un momento en el curso de esta doble enseñanza, seria la patria, es decir: Bolivia considerada en todas sus exigencias, en todos sus lados perfectibles, á fin de que la juventud se acostumbrase desde temprano á tener siempre en vista los intereses prácticos de su pais, y á no desperdiciar las fuerzas de su espíritu, distrayendolas en una erudición pedantesca y sin aplicación.

En una palabra, esta doble enseñanza deberia tener siem-

pre presente que el carácter indeciso de nuestro país, como el de todos los estados americanos, pugna dolorosamente por definirse, por asumir una fisonomía propia y un tipo especial sobre el gran teatro de las naciones.

Así que se hubiese uniformado en la República la educación de la juventud bajo estos principios, es imposible que en poco tiempo no se palpase una feliz transformación en el espíritu y costumbres de nuestros pueblos. Solo después de una preparación semejante, llegaría á comprenderse que para participar de la autoridad pública en un estado republicano, no basta haber cenido una espada ó una banda de doctor; sino que, ante todas cosas, se necesita de un corazón puro y varonil, capaz de abnegación y sacrificios: que, para servir bien á la patria, es necesario amarla más que á sí mismo, y tener el sentimiento íntimo de sus necesidades en presencia del siglo y de la Revolución; y en fin, que para ser el primer hombre de una república, es menester trabajar por ser el último y más fiel de sus servidores.

No se me oculta que las ideas consignadas en este escrito hallarán resistencias y aun sarcasmo en el espíritu de rutina y de inercia. Nada más natural; pero nuestro deber no consiste acaso en llevar adelante la Revolución, combatir á su nombre y triunfar en su favor?

Por otra parte, se comprende fácilmente que una innovación semejante no excluye en manera alguna los estudios científicos y profesionales. Lo que yo pienso es, que en la necesidad de elegir entre el uno y el otro sistema, no debemos preferir aquel que una experiencia incontestable ha condenado: lo que creo es que restringiendo la protección acordada hasta hoy á nuestros grandes establecimientos, dejemos, si fuere menester, al interés individual puramente el cuidado de atenderlos y perfeccionarlos. Tal sería á mi juicio el único medio de ahogar la empleomanía que empieza á comprometer los intereses más serios del Estado.

En cuanto á la organización material del Colejio que propongo, envuelve un hecho tan conocido, que creo superfluo entrar en sus detalles; tanto más, cuanto que nadie mejor que el Gobierno se halla en aptitud de fijar sus bases y condiciones de existencia.

Al cerrar estos renglones, me permitiré una palabra todavía sobre un hecho importante que se elabora lentamente en el mundo.

La Europa, á pesar de su esplendor y de su figura fantástica, se halla muy lejos de la perfeccion que vulgarmente le atribuimos: tambien su fisonomia moral es monstruosa, y como nosotros, se mueve mal de su grado, sobre el sendero de las revoluciones y del progreso.

M.^r Cormenin se preguntaba, poco há y decia: «Cuando la Francia embrutecida y materializada caiga como un cadáver exámine á los pies del despotismo.» ¿Quién la levantará? El clero. (1)

Estas palabras aparentemente paradójicas encierran un sentido profundo, y descubren hasta el fondo la situacion moral de la Europa. Y en efecto, su corazon metalizado se conjela, y solo el Evanjelho esencialmente democrático puede restituirle la caridad, el sentimiento y la vida. La Europa camina tambien hácia la República, y como nosotros necesita llegar á ella para salvarse. Este sentimiento está en todos los corazones: las masas se conmueven bajo de su influencia, el filósofo protege y dirige su desarrollo.

Una grande revolucion fermenta, pues, en el mundo: la idea republicana pugna por realizarse, y se realizará tarde ó temprano, haciendo á los hombres en todas partes, libres, iguales y hermanos.

Entre tanto, parece que la Providencia hubiese querido confiar á la América la iniciativa gloriosa de ese trastorno rejenerador; porque, por mas que digan el desaliento y la ignorancia, nuestra revolucion no puede desviarse ni retrogradar. Los que creen todavia posible entre nosotros una transacion con la Monarquía, no conocen ni la índole de estos paises, ni sus antecedentes históricos: no ven que, por efecto de nuestra situacion respecto de la Europa, de nuestros hábitos y recuerdos, necesitamos para realizar esa idea una cultura no meaos adelantada, que la que exige la idea republicana. La única tranzacion posible entre nuestro pasado de esclavitud, y nuestro porvenir de libertad, empieza á establecerse de hecho en nuestro

(1) *Le oui et le non.*

presente--tal es el reinado de esos hombres prestigiosos, que como Santa-Cruz, Paez, Bulnes, Flores, Rosas &c. &c. aparecen tronando como un acontecimiento al frente de cada Estado, para representar sus cosas, sus hombres, sus instituciones, todo á la vez. Nosotros nos irritamos contra este fenómeno, sin pensar que esos hombres son productos necesarios de la Revolucion, destinados á servirla y proteger su desarrollo: nos irritamos contra su influencia predominante, y no pensamos que, cuando las instituciones carecen de popularidad, es necesario que algun hombre la tenga: no pensamos, en fin, que lo unico que en semejante orden de cosas deberiamos desear, es que esos hombres no sean estúpidos y atroces: que conozcan su mision y tengan bastante sagacidad y buena fé para cumplirla.

La Republica es, pues, entre nosotros un designio providencial, y seriamos unos idiotas, si en vez de obrar con arreglo á un plan preexistente, vagásemos á tientas, ó nos detuviésemos con los brazos cruzados en medio de la tempestad.

Adelante pues! Pero adelante, con los ojos abiertos. Derribando una cosa aqui, levantando otra mas allá, lidiando, venciendo, llegaremos á nuestra última jornada, fatigados, pero gloriosos, como ha llegado la jeneracion que pasa. De ese modo, la posteridad verá levantarse un tróno en America, donde vendrán á sentarse, no los Reyes, sino la civilizacion del mundo, la ilusion soñada por los mártires de nuestra independencia.





DOCUMENTO CUSTODIADO POR LA
BIBLIOTECA CENTRAL DE LA UMSA